

Don Aurelio Barría: las contrariedades de la vida no amilanaron su espíritu

Por: EMILIO SINCLAIR
(De la redacción de
La Estrella de Panamá)

La niñez en algunos estuvo revestida de ideales e ilusiones que guiados por una mano fraterna llegaron a situarse en un sitio social que el destino les reservó.

Para otros fue una mancha proletaria que cubrió de carbonilla sus anhelos y sistemáticamente cavó para ellos su tumba social. Pero para quienes arde y vibra el deseo de superación, las contrariedades de la vida no amilanan el espíritu, por el contrario, lo fortalecen, tonifican, dan vida, robustecen, se yerguen hasta triunfar, superando las inclemencias y obstáculos de las olimpiadas diarias que el destino nos hace enfrentar. Tomemos como modelo a don Aurelio Barría Sáenz, vástago de campesinos moldeado con el trabajo, condimentado con el sudor del jornal diario y cuyo espíritu emprendedor lo hacen subyugar el ocio para engrandecerse saltando, a través de los años, de la pobreza al bienestar económico.

Nacido el 16 de junio de 1924 en Pocrí, Aguadulce, provincia de Coclé, Aurelio Barría Sáenz, llegó al mundo para enfrentarse a las dificultades económicas, pero para superarlas --sin saberlo-- aplicó lo que Einstein decía: "La imaginación es más importante que el conocimiento".

Es hijo del agricultor Fernando Barría y doña Carmen Sáenz de Barría quienes donaron al país nueve hijos que lucharon por el progreso personal y el de esta patria tan codiciada por fuerzas foráneas. Doña Carmen respiró para ver el triunfo de sus hijos y recientemente, el viernes 23 de noviembre de 1990, día de San Clemente, murió.

Desde pequeño don Aurelio Barría Sáenz borró sus ilusiones de niño al percibirse de las necesidades de su familia, por lo tanto, tenía que trabajar.

Fue empleado como mozo de oficios domésticos en la residencia de don Ascensión Gallardo y doña María de Gallardo en Aguadulce donde devengaba un salario de setenta y cinco centavos (B/.0.75) al mes y aunque se le permitía ir a la escuela, sus funciones primordiales eran sacar agua del pozo para cumplir con el abastecimiento del líquido vital para el asco de sus empleadores y además cargaba latas con agua potable desde la plaza pública hasta la residencia de sus patrones en donde las colocaba en tinajas para el momento en que la sed de los Gallardos enfatizaba su apetito. "Me pagaban setenta y cinco centavos al mes. Me levantaba a las cinco de la mañana pero me dejaban ir a la escuela", recordó.

Pocrí en aquella época era un pueblo en donde el atraso, al parecer, había establecido su reino. "No había luz ni agua", comentó. Las calles del poblado se alumbraban con lámparas de querosín que encendían a las seis de la tarde cuando empezaba a entrar la noche y los mosquitos salían a divertirse.

Niño que no se dejó embaucar por los vicios que lo tentaron, don Aurelio Barría Sáenz fue adquiriendo musculatura intelectual, cincelandos su responsabilidad ante el deber, olfateando oportunidades que se le presentan en empleos pobremente remunerados, perseverando e inyectando entusiasmo a sus anhelos, puliendo y haciendo honrar sus labores en esta vida llena de penas y glorias.

Su padre, agricultor, luchaba en el campo contra las inclemencias de la naturaleza para hacer germinar alimentos y además cuidaba el poco ganado en una jornada de sol a sol, en donde esposa e hijos hicieron causa común recibiendo como único galardón la satisfacción del deber cumplido.

Don Aurelio Barría para apuntalar la economía de su hogar, cargando una batea o empujando una carretilla vendió yuca y plátanos por las calles de Aguadulce, por las tardes ordeñaba vacas, curaba terneros, iba a las lavas a sacar sal y cuando anocheceía pilaba maíz y arroz. En algunas ocasiones conducía una carreta tirada por bueyes, cargada de leña, sal y ladrillos. "Vendía sal", recuerda. "Vendía un saco de sal en dos reales"... "un quintal eran tres latas de querosín".

Su progenitor además de labrar la tierra --manantial de granos y verduras-- efectuó otros trabajos como carpintería y "guachimán" (cuidador) en la Junta Central de Caminos en donde trabajaba doce horas. Fue un héroe anónimo que trabajó duro para alimentar a su familia cuyo único monumento está erigido, a mayor gloria de Dios, en el corazón de sus descendientes.

En una ocasión su padre vendió un buey y a él le cupo la responsabilidad de arriar al toro desde Pocrí, Aguadulce hasta Chupampa, Ocué en una jornada de casi cincuenta kilómetros, por un camino tortuoso, y lo único agradable que



Don AURELIO BARRIA

Vendió billetes, verduras y sal y edificó un negocio.

Aplicó lo que Einstein decía: "La imaginación es más importante que el conocimiento".

recuerda de este hecho es que cuando llegó al sitio en donde entregó el animal a su propietario, lo recibieron con un plato de "arroz con frijol rociado con manteca" que --no sabe si por hambre o por delicioso-- devoró. Desde aquella ocasión cada vez que observa un plato parecido, recuerda aquella difícil tarea de su niñez.

La firme decisión de salir de su cadavérica situación social fue el nervio motor que lo indujo a un negocio que pensó era rentable: Venta de billetes de la Lotería Nacional.

Vendiendo billetes de la Lotería llevando suerte a unos y esperanzas a otros, caminó por los pueblos del interior del país ofreciendo su mercadería con el apoyo de un papelito impreso, numerado cuya premiación dependía de la suerte y azar. Fue desde Pocrí hasta Penonomé, cruzando potreros y esquivando ganado bravo que no escondían su encono y sin contemplaciones condecorarían a cualquiera con una embestida. "Pasaba esos llanos llenos de ganado bravo", manifestó.

De pueblo en pueblo, vendiendo billetes caminó y cuando la noche lo sorprendía en un lugar remoto, muy lejos del hogar, "pedía posada en los cuarteles de policía o dormía recostado en una bomba de gasolina"... "dormía en cualquier lugar... esa era mi vida", comentó.

Desde niño sentía predilección por las noticias financieras que publicaban los periódicos y cada vez que en sus manos caía un diario, con avidez leía especialmente aquellas que se referían al Wall Street de Nueva York y la Bolsa de Valores.

Cuando empieza su adolescencia, don Aurelio Barría Sáenz ingresa en la Escuela Normal de Santiago, Veraguas, en donde cursa los dos primeros años de secundaria y para cubrir su estadía trabaja de asador y cuidador en una botica en donde "me daban la comida". Con el tiempo el profesor Francisco Comejo, amigo de la familia, en gesto filantrópico le exoneró la matrícula en la Escuela de Artes y Oficios en donde era director, y junto con varios hermanos estudió mecánica. Para cubrir sus necesidades en la capital del "Puente del mundo, Corazón del universo", lavaba autos, limpiaba patios, casas, apartamentos, de todo un poco, "camaroncitos" como diríamos en el argot panameño.

En una ocasión, junto con sus hermanos Felipe y José Manuel encuentran en el crematorio de basuras en Punta Paitilla donde hoy está ubicado el monumento a la Madre, un viejo auto Ford modelo A, totalmente destartado. Cogieron el vehículo, lo fueron arreglando con piezas viejas que suavizaban introduciéndolas en una lata con querosín hasta que un buen día el viejo Ford modelo A que había sido desechado por sus dueños, arrancó.

Al viejo auto Ford le convirtió la parte trasera en un vagón en donde botó basuras y cargó mercancías de un lado a otro. Compró periódicos, latas, botellas y sacos vacíos y todo lo revendió en el interior del país. Los periódicos eran para envolver mercancías y barras de jabón; las latas y botellas se utilizaban para cargar líquidos y los sacos vacíos tenían diversos usos desde cargar objetos hasta la confección de

prendas de vestir y artículos para el hogar.

Trabajando de mecánico en Pocrí, Aguadulce, conoció a la maestra Justina Mock de quien se enamoró y le ruega sea su esposa. Complacido contraen nupcias en la iglesia de Aguadulce el 26 de septiembre de 1950 día que repicaron las campanas anunciando el florecimiento de la familia Barría-Mock. Ella después se especializó en Geografía e Historia en la Universidad de Panamá. El matrimonio tiene cuatro hijos varones: Aurelio Barría Jr., Fernando, Omar e Iván, quienes asevera "han sacado la virtud e inteligencia de la mamá".

Reconociendo los valores de su esposa declara: "Ella se ha fajado conmigo de verdad"... "El cincuenta por ciento de mi éxito se lo debo a ella... siempre ha luchado conmigo".

Asociado con sus hermanos, por B/.251.03 (doscientos cincuenta y un balboas con tres centésimos) compró durante un remate un camión de pasajeros de madera, marca Ford, de segunda mano, iniciándose el 10 de marzo de 1953 "Transportes Barría" una empresa que tildó como "la mejor línea de transportes organizado del país... ni los aviones tenían la salida tan exacta". Llevaba pasajeros y encomiendas hacia el interior además, distribuía el periódico La Estrella de Panamá documento histórico que repartía de pueblo en pueblo "por carreteras que eran de piedra". El negocio marchó bien; todos los hermanos Barría trabajaban conduciendo, limpiando, reparando, bariendo, arreglando bultos, salvo un incidente provocado por una bazoña humana que le arrancó la vida a un hermano. El delincuente transita por las calles de Panamá esperando que un día lo trituren.

Transportes Barría tuvo su esplendor hasta 1968 cuando, expresa don Aurelio Barría Sáenz, "llegaron los policías al poder".

Nivelada su situación económica. Borrada la pobreza, fardo que acompañó durante su niñez y adolescencia, don Aurelio Barría Sáenz, ya como empresario consumado, egresado de la academia del duro jornal de la vida, funda en Aguadulce "Inversiones Barría" vendiendo respuestos para vehículos y representando a los tractores japoneses marca Kubota.

Cuando niño caminó por los campitos del interior vendiendo billetes y haciendo trabajitos para rellenar los agujeros que producían su escuálida situación económica. Hoy como empresario viaja libremente por el mundo, absorbiendo ideas, conociendo la idiosincrasia de pueblos allende nuestras fronteras y en países como Francia, Checoslovaquia, la Unión Soviética, Polonia y Estados Unidos disfruta de las comodidades que brindan los esfuerzos que acumuló durante toda una vida, y siempre haciendo una pausa para recordar su pasado con limitaciones financieras y sin olvidar su humilde origen de un pueblo pintoresco, llamado Pocrí de Aguadulce, trocito encantador de la república de Panamá.

"Mi vida ha cambiado porque mis negocios son diferentes", expresó. "¡Ya no soy el hombre de los quince reales al mes!".